

Bauman, Zygmunt (2007), *Vida de consumo*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, ISBN: 9789505577255.

En la búsqueda de un Estado social

Por Ana Bidiña

La actualidad y la urgencia que asume el consumo en las sociedades actuales otorgan de antemano un interés asegurado a todo intento de acercarse analíticamente a la temática. La obviedad que encierra la colonización del consumo en la vida actual no deja de inquietar por los daños colaterales cuya magnitud no se percibe con claridad y para los cuales –parece- no existen mecanismos que permitan eludirlos.

El sociólogo polaco Zygmunt Bauman, en *Vida de consumo*, realiza un estudio del advenimiento de la “modernidad líquida” en la que los vínculos se tornan maleables y cambiantes por las tecnologías y los marcos de subjetividad que estas imponen a la fuerza en los individuos. Bauman analiza la trama y los mecanismos por los cuales la sociedad actual condiciona y diseña las vidas de los sujetos centrándose en sus particularidades como consumidores y en su transformación en objetos de consumo.

Desde el inicio, Bauman circunscribe su texto, recorta su objeto de estudio y da cuenta de sus propósitos. A medida que la lectura avanza, algunos temas son retomados una y otra vez desde distintas perspectivas que pueden considerarse la bisagra para “comprender” la propuesta del autor. Entre ellas: la sociedad y el individuo, el otro, los valores, el tiempo. Daremos cuenta de estas cuestiones no sin antes hacer una referencia al discurso de Bauman.

Resulta interesante analizar cómo el autor construye su texto con las mismas estrategias de la sociedad de consumo de las que da cuenta. Así la repetición, la reformulación son constantes: ¿es el objeto de estudio el que necesita de esas estrategias o es el lector del texto? La pincelada parece ser puntillista. Su lector pertenece a esa sociedad que describe y el autor debe

hablarle. Cabría pensar que también hay un modo discursivo que sirve al consumismo, a las estrategias y valores que describe. El texto "se hace" como una característica más de la sociedad de consumo.

El individuo, la sociedad y el otro

A cada paso, el libro plantea un ida y vuelta entre el individuo y la sociedad, y en ese diálogo queda un tercero excluido el "otro"¹. Parecería que, en la sociedad consumista, los otros no forman parte. Bauman distingue "grupo" de "multitud" (atributo de la sociedad de consumo) y en la multitud no hay "otros", hay individualidades que, si bien apelan a identificaciones colectivas, estas son efímeras, no se construyen ni afirman a partir de vínculos. El gran tema parece ser la ausencia de vínculos. Vínculos que no están en el libro porque esta sociedad se caracteriza por la ausencia de ellos, pero cuya impronta aparece una y otra vez en el desarrollo de los capítulos, con una especie de melancolía por lo que ya no está.

Tal como la describe Bauman, la sociedad de consumidores invierte los roles: lo que ha sido históricamente de la naturaleza del individuo, ahora lo es de la sociedad; lo que la sociedad ha tenido a cargo, ahora lo tiene el individuo: lo que antes era responsabilidad del Estado ha pasado a la sociedad.

Bauman lo explica así. "La sociedad consumista manipula las elecciones y conductas individuales. Toma por asalto el espíritu y deja a los individuos el cuerpo." No parece haber escapatoria, los mercados conquistan, anexan y colonizan la vida. A diferencia del consumo que es un rasgo y una ocupación del individuo, el consumismo es un atributo de la sociedad.

¿Qué promete esta sociedad? Satisfacer los deseos humanos, promesa que seduce solo si los deseos permanecen insatisfechos. La no satisfacción de sus miembros debe ser perpetua. Bauman describe dos

¹ El "otro" es la tercera persona o la no persona en términos de E. Benveniste, 1966, *Problemas de lingüística general I*, México, Siglo XXI, 1993.

mecanismos para conseguir ese efecto. Uno, explícito, consiste en denigrar y evaluar los artículos de consumo ni bien han sido lanzados al mercado. El otro método, implícito, consiste satisfacer cada necesidad de modo tal que solo pueda dar a luz nuevas necesidades.

Así, la individuación como fruto de esta sociedad provoca el colapso de los vínculos humanos. Los miembros son interpelados en cuanto a su capacidad de consumidores, y de acuerdo con la respuesta se los incluye o excluye. Aquí, la sociedad tiene el rol de promover, alentar o reforzar la elección de un estilo y una estrategia de vida consumista, y desaprobando toda opción cultural alternativa.

El consumo, tarea que antes era manejada por el Estado y llevada a cabo por la sociedad, ha sido desregulado, privatizado, dejado al cuidado y responsabilidad de los individuos. El verdadero poseedor del poder soberano en la sociedad de consumidores es el mercado de bienes y servicios. Allí se selecciona y separa a los condenados de los salvados, se dicta los veredictos de exclusión y no se admite instancias de apelación. Todo ello socava no al Estado sino la soberanía del Estado, su prerrogativa de trazar la línea entre incluidos y excluidos y de otorgar el derecho a la rehabilitación y futura readmisión.

¿Qué lugar ocupa el Otro en este sistema? Ninguno. El consumo es una acción solitaria por antonomasia, aun cuando se haga en compañía. La sociedad no tiene como tarea hacer posible la convivencia sino propiciar una vida autoconcentrada, egoísta y autorreferente, en la que el Otro deja de ser una responsabilidad en la convivencia humana.

Convertida la vida en un bien de cambio, Bauman señala además la existencia de una nueva categoría de población, víctima colectiva del daño colateral múltiple del consumismo, definida como *infraclase*. Las personas condenadas a la infraclase son consideradas totalmente inútiles, una molestia. Son consumidores fallidos, símbolos del desastre que acecha a los consumidores fracasados.

Además de vivir en la pobreza, las personas incluidas en la clasificación de infraclase están condenadas a la exclusión social y son

consideradas inelegibles como miembros de una sociedad que exige que sus integrantes participen en el juego consumista aunque no lo puedan hacer.

Entonces, no hay comunicación posible: ni entre los individuos puesto que los otros no tienen lugar en esta concepción; ni del individuo con el mercado, ya que el mercado establece las únicas alternativas posibles de elección y no admite nada por fuera de él.

Los valores

Un aspecto que consideramos de importancia en el trabajo de Bauman es su propuesta de evaluar el desempeño de la sociedad de consumidores según los valores que ella misma promueve.

¿Cómo es una vida feliz en la sociedad de consumidores? Se trata de una felicidad en la vida terrenal, aquí y ahora y en todos los *ahoras* siguientes, felicidad instantánea y perpetua. La felicidad no consiste en la gratificación de los deseos sino en el aumento permanente del volumen y la intensidad de los deseos, lo que desencadena el reemplazo inmediato de los objetos pensados para satisfacerlos y de los que se espera satisfacción. No hay justificación ni legitimación de ninguna clase de infelicidad.

Ante el desmantelamiento del sistema de regulación normativa, una cantidad cada vez mayor de responsabilidades que, antes se socializaban, ahora recaerían sobre los individuos. Los conceptos de responsabilidad y elección responsable, antes pertenecientes al campo semántico de la responsabilidad ética y la preocupación moral por el Otro, han cambiado o se han mudado, según Bauman, al ámbito de la autorrealización y el cálculo de riesgos. En ese proceso, el Otro ha desaparecido por completo del campo visual, empujado o eclipsado por el propio yo de los actores. Ahora responsabilidad significa responsabilidad de sí mismo, mientras que las elecciones responsables no son más que los movimientos necesarios para servir a los intereses y satisfacer los deseos del yo. La víctima colateral del salto a esa versión consumista de la libertad es el Otro en tanto objeto de responsabilidad ética y preocupación moral.

Pero además, la cultura consumista se caracteriza por la presión constante de ser alguien más. Cambiar de identidad, descartar el pasado y

buscar nuevos principios, esforzarse por volver a nacer, son obligaciones disfrazadas de privilegios. La posibilidad de convertirse en otro es el sustituto de la salvación y la redención. Esta fragilidad y aparente prescindibilidad de las identidades individuales y los lazos interhumanos se presentan como la esencia misma de la libertad individual. La opción que esa libertad no reconoce es la determinación de aferrarse a la identidad construida, vale decir a las acciones que implican la preservación de la red social en la que esa identidad pueda basarse y reproducirse.

La idea de que las identidades se van construyendo y la posibilidad de cambiar las identidades mediante el consumo convierten al yo en otro. Entonces el otro no es distinto del yo y a ese otro le cabe el destierro en la sociedad de consumo.

Con qué dar batalla

A este análisis, Bauman agrega algo más: la decadencia de las formas tradicionales de participación política y compromiso social ante el crecimiento del activismo consumista.

Los individuos de la sociedad de consumo ante todo son consumidores, mucho después ciudadanos. Para convertirse en consumidor es necesario un nivel de constante vigilancia y de esfuerzo que apenas deja tiempo para las actividades requeridas para ser ciudadano. Cabe preguntarse entonces si desde el activismo consumista se puede concebir una nueva forma de compromiso social y si esa forma puede resultar tan eficaz como las formas tradicionales para sentar los cimientos de la solidaridad social.

La respuesta es desalentadora. La retirada masiva de los ciudadanos de los campos de batalla de la política se ha llenado con el activismo consumista no partidario y apolítico. Este reemplazo no parece acrecentar las filas de hombres con conciencia social comprometidos con la agenda pública, sino todo lo contrario.

La única alternativa propuesta por Bauman es la instalación de un Estado social (a ejemplo de los países nórdicos y los estados sociales emergentes de Venezuela, Bolivia, Brasil o Chile), que promueva el principio

de prevención colectiva como protección contra los infortunios individuales y sus consecuencias.

Para Bauman, estas experiencias permiten comprobar que la justicia social y la eficacia económica, la lealtad a la tradición del Estado social y la capacidad de modernizarse rápidamente sin perjudicar la coherencia y la solidaridad sociales no tienen por qué ser inconciliables, como sostiene la tercera vía.

La función del Estado social en la sociedad de consumidores es defender a la sociedad del daño colateral que la vida social podría causar si no fuera controlada y restringida. Su propósito es impedir que la sociedad multiplique el número de víctimas colaterales del consumismo. Su tarea es preservar la solidaridad humana e impedir que desaparezcan los sentimientos de responsabilidad ética.

Según Bauman, la historia tiene un final abierto o es incompleta. El individuo, incapaz de rebelarse ante los mercados, no puede dar batalla. Parecería que solo lo puede hacer el Estado social. Las cuestiones que surgen a partir de ello son: ¿será suficiente la acción de los Estados sociales?; ¿pueden concebirse otras formas sociales de salvación de lo humano?; ¿qué perspectivas existen de que haya más Estados sociales?; ¿los Estados sociales son finitos?; ¿hacia dónde marchan estas sociedades? Si bien es difícil establecer hipótesis con respecto al futuro (lo que conocemos es el pasado), la condena aun no es definitiva, la apuesta por una vuelta a la humanidad se presenta como un desafío interesante.

Pueden surgir entonces otras perspectivas: ¿qué lugar ocupan las nuevas formas de comunicación?, ¿es posible concebir nuevos modelos de sociedades, nuevas formas de vinculación entre los individuos?, ¿qué posibilidades abren las nuevas tecnologías? Todas estas cuestiones que *Vida de consumo* no aborda y que podrían abrir nuevas alternativas para pensar una sociedad que recupere, con nuevas herramientas, el compromiso con el otro y reconcilie al yo con sus otros yos. Probablemente la identidad se construya de otro modo. Pero, una perspectiva temporal que tenga memoria del pasado y se asuma con futuro debería dar cuenta de otra metáfora donde los extremos (puntos) se reconozcan entre sí como partes de la vida humana.

La mirada de Bauman da cuenta de una sociedad consumista haciendo uso de las estrategias propias de la vida de consumo. Su visión es caleidoscópica: más que construir un relato, construye un retrato de esa sociedad. Las descripciones no estáticas, envolventes, parecen rendir culto a ese tiempo puntillista propio de la vida consumista. Y es en este sentido que señalamos una forma discursiva propia del consumismo que, si bien no deja planteadas alternativas inmediatas, al menos ciñe la cuestión de tal modo que cae por su propio peso la urgencia y la gravedad de la problemática. Ahora es el tiempo del lector: debe responder con alternativas.